

SUPLICIO DEL SEÑOR DE NAUHTLAN, Y NUEVO INSULTO A LA MAGESTAD DEL REY.

Mas de quince dias habian pasado despues que Moteuczoma mudó de residencia, cuando volvieron los dos sugetos que habia enviado á Nauhtlan, trayendo consigo á Cuauhpopoca, á un hijo suyo, y á quince nobles cómplices de la muerte de Escalante. Cuauhpopoca venia ricamente vestido sobre una litera. Cuando llegó á los cuarteles se descalzó, segun el ceremonial de palacio, y se cubrió de un ropaje tosco. Introducido á presencia del rey, y hechas las acostumbradas reverencias, le dijo: "Ved aquí, muy grande y poderoso señor, á vuestro siervo, obediente á vuestras órdenes, y pronto á cumplir en todo vuestra voluntad." "Harto mal os habeis conducido en esta ocasion, le respondió indignado el rey, tratando como enemigos á unos extranjeros que yo recibo amigablemente en mi corte, y grande ha sido vuestra temeridad en inculparme tamaño atentado: sereis por tanto castigado como traidor á vuestro soberano;" y queriendo Cuauhpopoca excusarse, no quiso darle oídos, y mandó entregarlo á Cortés con sus cómplices, á fin de que, examinado el delito, lo castigase con la merecida pena. Cortés les hizo varios interrogatorios, y ellos confesaron claramente el hecho, sin inculpar al principio al rey, hasta que viéndose amenazados del tormento, y creyendo inevitable el suplicio, declararon que cuanto habian hecho, les habia sido mandado por el rey, sin cuyas órdenes no hubieran osado intentar la menor cosa contra los españoles.

Oida la confesion por Cortés, y fingiendo no dar crédito á sus excusas, mandó que fuesen quemados vivos delante del real palacio, como reos de lesa magestad. Pasó inmediatamente á la estancia del monarca, con tres ó cuatro capitanes, y un soldado que llevaba unos grillos, y sin detenerse en las acostumbradas ceremonias, y cumplimientos, le dijo: "Ya, señor, han sido examinados los reos y todos han confesado su

delito, inculpándoos á vos, como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen, y que mereceis vos mismo, en virtud de su confesion; pero considerando, por otra parte, los grandes beneficios que nos habeis hecho, y el afecto que habeis manifestado á mi soberano y á mi nacion, quiero concederos la gracia de la vida, ya que no puedo evitar que sufrais una parte de la pena á que os habeis hecho acreedor por vuestro delito." Dicho esto, mandó airadamente al soldado que le pusiese los grillos en los piés, y sin querer oírlo, le volvió la espalda, y se retiró. Fué tan grande el asombro del monarca, viendo sometida á tanto ultraje su persona, que no hizo la menor resistencia, ni prorumpió en una palabra que denotase su dolor. Mantúvose algun rato privado de sentido. Los criados que lo asistian declararon con muchas lágrimas su dolor, y echándose á sus piés le aliviaban con sus manos el peso de los grillos, y con montones de algodón le evitaban su contacto. Pasada aquella primera sorpresa, prorumpió en ademanes de impaciencia; pero serenóse muy en breve, atribuyendo su desventura á la soberana disposicion de los dioses.

Terminada apénas aquella atrevida accion, acometió Cortés otra empresa no ménos temeraria. Despues de haber prohibido la entrada en los cuarteles á los Mexicanos que venian á visitar al rey, mandó conducir al suplicio á Cuauhpopoca, á su hijo y á los otros cómplices. Escoltáronlos los mismos españoles armados y en órden de batalla, para contener al pueblo, si intentaba oponerse á la ejecucion; pero ¿qué podria hacer aquel pequeño número de extranjeros contra la muchedumbre inmensa de Mexicanos, que debian ser espectadores de aquel gran suceso, si Dios, que lo disponia todo para la ejecucion de sus altos designios, no hubiese impedido los efectos de tan inaudito atentado? Encendióse la hoguera delante del palacio principal del rey, y la leña consistia en una gran cantidad de arcos, flechas, dardos, lanzas, espadas y escudos, que esta-

ban en una armería, porque así lo exigió Cortés del rey, para libertarse de la inquietud que le ocasionaba la vista de tantas armas. Cuauhpopoca, atado de piés y manos, y puesto sobre la hoguera en que iba á perecer, protestó de nuevo su inocencia, y repitió que cuanto habia hecho, habia sido por espreso mandato de su rey; despues hizo oracion á sus dioses, y exhortó á sus compañeros á que muriesen con valor. Encendióse el fuego, y en pocos minutos fueron consumidos (1), á vista de un pueblo innumerable, que se mantuvo quieto, porque se persuadió, como es de creerse, que aquella sentencia se ejecutaba por órden del rey, y es verosímil que se publicaria en su nombre.

No puede justificarse de modo alguno la conducta de Cortés; porque ademas de haberse arrogado una autoridad que no le competia, si creia en efecto que el rey era el verdadero autor de las revoluciones de Veracruz ¿por qué condenar á muerte, y á una muerte tan acerba, á los que no tenian otro delito que haber ejecutado puntualmente las órdenes de su soberano? Si no creia culpable al rey, ¿por qué someterlo á tanta ignominia, dejando aparte el respeto debido á su carácter, la gratitud que requería su generosidad, y la seguridad á que es acreedora la inocencia? Yo conjeturo que Cuauhpopoca tuvo órden del rey de someter á los Totonacas á la obediencia de su corona, y no pudiendo obedecer este mandato sin indisponerse con los españoles, como protectores de los rebeldes, llevó las cosas al estremo que dejo referido.

[1] Solís, cuando habla de la sentencia de Cortés contra Cuauhpopoca, dice: "Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos." Con lo que, sin esplicar claramente el suplicio de los reos, da á entender que no fueron quemados vivos: este modo de hablar no conviene á la sinceridad que se requiere de un historiador. Procuró disimular lo que no cuadraba con el panegírico de su héroe; pero de poco sirve su artificio, cuando no solo los otros historiadores, sino el mismo Cortés lo afirma positivamente en su carta á Carlos V. Véase ademas la Decada 2, libro VIII, cap. 9, del cronista Herrera.

Terminada la ejecucion, pasó Cortés á la habitacion de Moteuczoma, y saludándolo afectuosamente, y ponderando la gracia que le hacia concediéndole la vida, mandó quitarle los hierros. El júbilo que experimentó en aquella ocasion Moteuczoma, fué proporcionado á la afliccion que habia sentido cuando se los pusieron. Disipóse enteramente el temor que habia tenido de perder la vida, y recibió la libertad como un beneficio incomparable. ¡Tanto se habia envilecido su ánimo! Abrazó con suma ternura á Cortés, manifestándole con singulares espresiones su gratitud, y aquel dia hizo grandes finezas á los españoles y á sus vasallos. Cortés mandó retirar la guardia que le habia puesto, y le dijo que podia restituirse cuando quisiera á su palacio; pero estaba seguro que no lo haria, pues repetidas veces le habia oido decir que no le convenia volver á su antigua habitacion, interin estuviesen en la capital los españoles. En efecto, no quiso dejar los cuarteles, alegando el riesgo que corrian Cortés y los suyos, si los abandonaba; mas tambien puede creerse que contribuyó á esta determinacion su propio peligro, no ignorando cuánto desaprobaban sus vasallos el envilecimiento á que se habia reducido, y su demasiada condescendencia con los extranjeros.

TENTATIVAS DEL REY DE ACOLHUACAN CONTRA LOS ESPAÑOLES.

Es verosímil que el suplicio de Cuauhpopoca ocasionase alguna fermentacion en la nobleza; pues de allí á pocos dias Cacamatzin, rey de Acolhuacan, no pudiendo sufrir la preponderancia que iban adquiriendo los españoles en la corte de México, y avergonzándose de ver á Moteuczoma, su tío, en tan miserable estado, le mandó á decir que se acordase de su alta dignidad, y que no quisiese ser esclavo de aquellos desconocidos; pero viendo que no hacia caso de sus consejos, resolvió hacer la guerra por sí mismo á los españoles. La ruina de estos hubiera sido inevitable, si el concepto que tenian aquellos pueblos de Cacamatzin, hubiera corres-

pondido á su intrepidez y resolucion; pero los Mexicanos sospechaban que bajo color de celo por el honor de su tío, ocultaba miras ambiciosas y el designio de usurparle la corona: los Totonacas no lo amaban, por su orgullo, y por el mal que habia hecho á su hermano Cuicuitzcatzin, el cual, para huir de su persecucion, se habia refugiado en México, y era generalmente estimado por su gallardía y popularidad.

Pasó, pues, Cacamatzin á Texcoco, y habiendo convocado á sus consejeros y á los principales personajes de su corte, les representó el deplorable estado en que se hallaba la corte de México, por el soberbio arrojo de los españoles, y por la pusilanimidad del rey su tío: la autoridad que aquellos pocos extranjeros se iban arrogando; las gravísimas injurias que habian hecho á la persona del monarca, aprisionándolo como si fuera un vil esclavo, y aun á los dioses mismos, introduciendo en aquel reino el culto de números estraños: exageró las funestas consecuencias que de aquellos principios podian resultar contra la corte y el reino de Acolhuacan. "Es tiempo, decia, de combatir por nuestra religion, por nuestra patria, por nuestra libertad y por nuestro honor, ántes que se aumente el poder de estos hombres, ó con nuevos refuerzos que vengan de su pais, ó con nuevas alianzas que en este contraigan." Finalmente, les mandó que descubriesen libremente su opinion. La mayor parte de los consejeros se pronunciaron por la guerra, ó para complacer al rey, ó porque en efecto eran del mismo dictámen; pero algunos ancianos, á quienes todos miraban con veneracion, dijeron al rey sin empacho que no se dejase tan fácilmente llevar por el ardor de la juventud: que ántes de tomar una resolucion, considerase que los españoles eran hombres belicosos y resueltos, y peleaban con armas superiores: que no considerase tanto su parentesco con Moteuczoma, como la alianza y amistad de este con los españoles: que esta amistad, de que existian pruebas tan positivas, lo induciria á sacrificar á la ambicion de aque-

llos extranjeros, todos los intereses de la sangre y de la patria.

A pesar de estas representaciones se abrazó el partido de la guerra, y empezaron á hacerse inmediatamente, con el mayor secreto los preparativos; pero no dejaron de saberlo Moteuczoma y Cortés. Este entró en gravísima inquietud; mas considerando por otra parte que salia bien en todas las empresas temerarias, pensó en evitar el golpe, marchando con sus tropas á dar el asalto á Texcoco. Moteuczoma lo disuadió de tan osado proyecto, informándolo de las fuerzas de aquella corte, y de la inmensa muchedumbre de sus habitantes. Determinó pues, Cortés, enviar una embajada á aquel monarca, recordándole la amistad que mutuamente se habian prometido en Ayotzinco, cuando fué á verlo de parte de su tío, y diciéndole que reflexionase cuán fácil es emprender la guerra, y cuán difícil terminarla ventajosamente; por fin, que mas le convendria mantenerse en buena correspondencia con el rey de Castilla y con la nacion española. Cacamatzin respondió que no podia tener por amigos á los que le quitaban el honor, á los que oprimian la patria, á los que ultrajaban á su familia y despreciaban su religion; que no sabia, ni le importaba saber quién era el rey de Castilla; que si queria evitar el golpe que le amenazaba, saliese inmediatamente de México, y regresase á su pais.

A pesar de ser tan violenta la respuesta, Cortés le envió otro mensaje; pero habiéndole contestado en el mismo tono que la vez primera, se quejó amargamente á Moteuczoma, y para mas empeñarlo, fingió sospechar de él que tenia algun influjo en los designios hostiles de su sobrino. Moteuczoma se justificó de aquel agravio con las protestas mas sinceras, y se ofreció á interponer su autoridad. Envió, pues, á decir á Cacamatzin que viniese á visitarle á su corte, y que él hallaria modo de ajustar aquella disension. Cacamatzin, indignado al ver á Moteuczoma mas empeñado en favor de los que oprimian su libertad, que en el de

quien se esfrozaba en restituírsela, le respondió que si despues de tanta infamia hubiera quedado en su alma el menor sentimiento de honor, se avergonzaria de verse hecho esclavo de cuatro aventureros, que miéntras lo halagaban con palabras, lo ultrajaban con sus hechos: que pues no bastaba á moverlo ni el celo de la religion y de los dioses acolhuas, despreciados por aquellos hombres, ni la gloria de sus abuelos, eclipsada y envilecida por su cobardía, él queria defender su religion, vengar á los dioses, conservar su reino, y recobrar el honor y libertad de la nacion Mexicana y de su monarca: que iria en efecto á la corte, como se lo rogaba; pero nó con las manos en el seno, sino empuñando la espada, para borrar el oprobio de los Mexicanos con la sangre de los españoles.

PRISION DEL REY DE ACOLHUACAN Y DE OTROS SEÑORES, Y EXALTACION DEL PRÍNCIPE CUIQUITZCATZIN.

Consternóse Moteuczoma al oír esta respuesta, temiendo ser víctima, en aquella tempestad, ó de la venganza de los españoles, ó del furor de Cacamatzin; por lo que se decidió á tomar un partido estremo para impedirle, y salvar su vida por medio de una traicion. Dió instrucciones secretas á unos oficiales mexicanos, que servian en la guardia del rey su sobrino, para que con la mayor diligencia y astucia se apoderasen de él y lo condujesen cautelosamente á México, porque así convenia al bien público del estado. Sugirióles el modo de ejecutarlo, y quizas les haria algun regalo, ó les ofreceria alguna recompensa para estimularlos á llevar á cabo su designio. Ellos se confabularon con otros oficiales y domésticos del rey Cacamatzin, que reconocieron dispuestos á ayudarlos, y con su socorro obtuvieron todo lo que Moteuczoma deseaba. Uno de los palacios del rey de Acolhuacan estaba construido á orillas del lago, de tal manera, que por un canal que corria por debajo, podian entrar y salir barcos. Allí residia entonces Cacamatzin, y los conjurados dispusieron

un buen número de barcos con gente armada, y en la oscuridad de la noche, que tantos delitos cubre y favorece, atacaron de improviso al rey, con tanta prontitud, que ántes que viniesen los suyos á su socorro, lo pusieron en un barco y lo llevaron sin perder tiempo á México. Moteuczoma, sin respeto alguno al carácter de soberano, ni á su parentesco con el príncipe Cacamatzin, lo entregó inmediatamente á Cortés. Este general, que segun aparece en toda su conducta, no tenia la menor idea del respeto que se debe á la magestad real, aun en la persona de un bárbaro, mandó encadenarlo y encerrarlo bajo la custodia de una buena guardia. Las reflexiones á que dan lugar este y otros estraordinarios sucesos de esta Historia, son tan triviales, que no juzgo necesario interrumpir con ellas el curso de mi narracion.

Cacamatzin, que habia empezado su infausto reinado con las disensiones de su hermano Ixtlilxochitl y con la division de sus dominios, lo acabó con la pérdida de la corona, de la libertad y de la vida. Determinó Moteuczoma, con aprobacion de Cortés, que la corona de Acolhuacan se diese al príncipe Cuicuitzcatzin, que hábia sido hospedado en el palacio de su tío, desde que por huir de la persecucion de Cacamatzin, se refugió en México, é imploró su proteccion (1). En esta eleccion se hizo agravio á los príncipes Coanacotzin é Ixtlilxochitl, que por haber nacido de la reina Xocotzin, tenian mas derecho á la corona. No se puede saber el motivo que tuvo el rey de México para desechar á Coanacotzin; y por lo que hace á Ixtlilxochitl, parece que no quiso aumentar el poder de un enemigo tan formidable. Como quiera que sea, Moteuczoma hizo proclamar rey á Cuicuitzcatzin,

(1) Cortés, en su carta á Carlos V, dice que Cuicuitzcatzin era hijo de Cacamatzin; mas esto es error del copista ó del mismo Cortés, pues consta que eran hermanos de padre: ademas, Cortés dice que Cacamatzin era un jóven de veinticinco años, y representa á Cuicuitzcatzin en edad de poder ya gobernar. Finalmente, en otra carta de 15 de mayo de 1522, afirma que estos dos príncipes eran hermanos.

y lo acompañó con Cortés hasta el barco en que debía pasar el lago, recomendándole la amistad de los Mexicanos y de los españoles, pues á unos y á otros era deudor de la corona.

Pasó Cuicuitzcatzin á Texcoco, acompañado de muchos nobles de una y otra corte, y allí fué recibido con aclamaciones, con bailes y arcos de triunfo, llevándolo la nobleza en una litera desde el barco hasta su palacio, donde el noble mas anciano lo felicitó en un largo discurso, á nombre de toda la nacion, exhortándolo á amar á sus vasallos, y prometiendo que ellos lo amarian como padre, y lo respetarian como señor. No es posible espresar el dolor que estas nuevas ocasionaron á Cacamatzin, viéndose en la flor de la juventud (pues no tenia mas de veinticinco años) privado de la corona que tres años ántes habia heredado de su padre, y reducido á la estrechez y soledad de una cárcel, por el mismo rey á quien deseaba libertar, y por los mismos extranjeros que habia pensado arrojar de aquellos estados.

Tenia ya Cortés en su poder á los dos mas poderosos soberanos de Anáhuac, y no tardó mucho en apoderarse tambien del rey de Tlacopan, de los señores de Iztapalapan y Coyohuacan, hermanos los dos de Moteuczoma, de dos hijos de este mismo rey, de Itzcuahtzin, señor de Tlatelolco, de uno de los sumos sacerdotes de México y de muchos otros personajes de la mas alta gerarquía. Ignóranse las circunstancias de todos estos arrestos; mas es de presumir que los prenderia uno á uno, cuando iban á visitar á Moteuczoma.

SUMISION DEL REY MOTEUCZOMA Y DE LA NOBLEZA MEXICANA AL REY DE ESPAÑA.

Animado el general español con tan prósperos sucesos, y viendo al rey de México enteramente sometido á su voluntad, le dijo que era ya tiempo de que él y sus súbditos reconociesen al rey de España por legítimo soberano, como descendiente del rey y dios Quetzalcoatl. Moteuczoma, que ya no te-

nia valor para contradecirlo, convocó á la principal nobleza de la corte y de las ciudades circunvecinas. Acudieron todos prontamente á recibir sus órdenes, y reunidos en una gran sala del cuartel, en presencia de Cortés y de otros españoles, les dirigió el rey un largo discurso, en que les manifestó el amor que á todos tenia como padre, de quien no debian temer que les propusiese lo que no fuera justo y ventajoso. Les recordó la antigua tradicion sobre la devolucion del imperio mexicano á los descendientes de Quetzalcoatl, de quien habian sido lugar-tenientes él y todos sus predecesores, y los fenómenos observados en los elementos, que significaban, segun la interpretacion de los sacerdotes y de los adivinos, ser llegado el tiempo de que se cumpliesen aquellos oráculos. Yo no dudo que tambien haria mencion del memorable suceso y vaticinio de su hermana Papantzin, que ya he referido, el cual habria sido en gran parte la causa de su apocamiento. Siguió comparando las circunstancias de los españoles con las de la tradicion, y concluyó diciendo que el rey de España era en realidad el legítimo descendiente de Quetzalcoatl, y que por tanto le cedia el reino y le prestaba obediencia, mandando á todos hacer lo mismo (1). Al con-

[1] Las circunstancias de este suceso se refieren en las historias con tanta variedad, que no hay dos de ellas que estén perfectamente de acuerdo. En mi narracion he procurado seguir á Cortés y á Bernal Diaz, que fueron testigos oculares. Solís afirma que el reconocimiento de Moteuczoma fué un mero artificio; que no tuvo jamas intencion de cumplir lo que prometia; que su intento era desembarazarse de los españoles, y contemporizar, para dar rienda despues á su ambicion, sin curarse de su palabra. Pero si el acto de Moteuczoma fué un mero artificio, si no pensaba cumplir su promesa, ¿por qué al confesarse vasallo de otro monarca, sintió tanto dolor, que se le turbó la voz y derramó lágrimas, como el mismo escritor afirma? No necesitaba de tanta ficcion para quitarse de encima á los españoles. ¿Cuántas veces pudo, con hacer una seña á sus súbditos, ó sacrificar los españoles á sus dioses, ó dejándoles la vida, hacerlos conducir atados al puerto, para que de allí pasasen á Cuba! Toda la conducta de Moteuczoma está en contradiccion con los sentimientos que Solís le atribuye; pero nada desmiente tanto su acusa-

fesarse súbdito de otro soberano, sintió tan gran pena, que no pudo seguir hablando, y las lágrimas sustituyeron las palabras. Al llanto del rey siguieron tan amargos sollozos de los concurrentes, que enternecieron y movieron á piedad á los españoles. Cesaron aquellas demostraciones de dolor, y quedaron todos sumergidos en un melancólico silencio, que interrumpió uno de los mas distinguidos señores Mexicanos, diciendo: "Pues es llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos antiguos, y los dioses quieren, y vos mandais que seamos súbditos de otro señor, ¿qué hemos de hacer nosotros sino someternos á las soberanas disposiciones del cielo, intimadas por vuestra boca?"

Cortés entónces dió gracias al rey y á todos los señores que estaban presentes, por su pronta y sincera sumision, y declaró que su soberano no pretendia quitar la corona al rey de México, sino hacer reconocer su alto dominio en aquellos estados; que Moteuczoma no solo seguiria mandando á sus súbditos, sino que ejerceria la misma autoridad sobre todos los otros pueblos que se sometiesen al rey de España. Disuelta la asamblea, mandó hacer Cortés un instrumento público de aquel acto, con todas las solemnidades que juzgó convenientes, para enviarlo á su corte.

cion, como el claro testimonio dado por el gobierno español, el cual, en muchos documentos, espeditos en favor de la real descendencia de aquel monarca, concediéndole exenciones y privilegios extraordinarios, declara que estos privilegios no pueden servir de ejemplo á ninguna otra casa, pues "ninguna añade, ha hecho á la España tan gran servicio, como el que le hizo el emperador Moteuczoma, incorporando á aquella corona, con su voluntaria cesion, un reino tan rico y tan grande como el de México." Si la obediencia prestada por Moteuczoma al rey Católico, hubiera sido como la representa Solís, se diria que la corte de España creia incorporado el reino de México á la corona de Castilla, en virtud de una cesion fingida y engañosa, y de un mero artificio de Moteuczoma; lo que seria gravemente injurioso á la rectitud de los reyes Católicos. Betancourt, en la 2.^a parte, tratado 1.^o de su *Teatro Mexicano*, cita los referidos documentos, los cuales se conservarán sin duda originales en los archivos de los condes de Motezuma y Tula.

PRIMER HOMENAJE DE LOS MEXICANOS A LA CORONA DE CASTILLA.

Dado con tanta felicidad este primer paso, Cortés representó á Moteuczoma, que pues habia ya reconocido al rey de España como soberano de aquellos países, era necesario manifestar su subordinacion, por medio de alguna contribucion de oro ó plata: alegando para esto el derecho que los soberanos tenian de exigir este homenaje de sus vasallos para mantener el esplendor de su corona, para pagar á sus ministros, para soportar los gastos de la guerra, y para las otras necesidades del estado. Moteuczoma con régia magnificencia le dió el tesoro de su padre Axayacatl, que se conservaba, como hemos dicho, en aquel mismo palacio, y del cual nada habia tomado aun Cortés, aunque el rey le habia dado el permiso espreso de tomar cuanto quisiese. Todo aquel gran depósito de riquezas pasó á manos de los españoles, juntamente con todo lo que contribuian los vasallos feudatarios de la corona; lo que componia tan considerable suma, que despues de haber separado la quinta parte para el rey de España, tuvo Cortés lo bastante para pagar las deudas que habia contraido en Cuba en el armamento de su espedicion, y remunerar á sus oficiales y soldados, quedándole una provision suficiente para los gastos que podria hacer en el porvenir. Para el rey se destinaron, ademas del quinto del oro y la plata, varios objetos que parecieron dignos de conservarse enteros por su maravilloso artificio, y que, segun el cómputo del mismo general, importaban mas de cien mil ducados; mas la mayor parte de estas riquezas se perdieron, como despues veremos.

INQUIETUDES DE LA NOBLEZA DE MEXICO, Y NUEVOS TEMORES DE MOTEUCZOMA.

Triunfaban los españoles al verse dueños á tan poca costa de tantas riquezas, y por haber sometido á su rey, sin esfuerzo, un estado tan vasto y opulento; mas esta felicidad los habia envanecido, y era necesario, se-

gun la condicion de la especie humana, que alternasen los sucesos prósperos con los adversos. La nobleza mexicana, que hasta entónces se habia mantenido en un respetuoso silencio, por su gran deferencia al soberano, viéndolo ya reducido á tanta humillacion, aherrojados el rey de Acolhuacan y otros altos personajes, y sometida la nacion á un príncipe extranjero, á quien no conocia, empezó desde luego á murmurar, y despues á esplicarse con mas franqueza, á formar juntas y reuniones, á censurar su propia tolerancia, y por último, segun parece, á levantar tropas para sacudir la opresion que el rey y el pueblo padecian. Hablaron á Moteuczoma algunos de sus favoritos, y le representaron la pena que experimentaban sus vasallos al verlo en aquella condicion, disminuido su poder, y oscurecido el esplendor de su corona, y la fermentacion que empezaba á notarse, tanto en la nobleza, como en la plebe, impacientes del yugo extranjero que se les imponia, y ofendidas de verse condenadas á sacrificar á un rey desconocido el fruto de sus sudores. Exhortáronlo á disipar el temor que se habia apoderado de su alma, y á recobrar su autoridad primera; pues si no lo hacia, lo harian por él sus vasallos, los cuales estaban decididos á echar de la capital y del reino aquellos huéspedes tan insolentes y perniciosos. Por otra parte, los sacerdotes le exageraban el detrimento que sufría la religion, y lo amedrentaban con las amenazas que atribuian á sus dioses irritados, de negar la lluvia á los campos, y su proteccion á los Mexicanos, si no arrojaba aquellos hombres tan contrarios á su culto. Algunos escritores, demasiado fáciles en creer sucesos maravillosos, dicen que el demonio se apareció al rey, amenazándolo con los males que haria á su persona y á su reino, si sufría mas tiempo á los españoles, y prometiéndole, si los arrojaba, perpetuar en su familia la corona de México, y prodigar las venturas á sus súbditos.

Movido Moteuczoma por tantas representaciones y amenazas, avergonzado de la co-

bardía que se le echaba en cara, y enternecido al ver la desgracia de su sobrino Cacamatzin, á quien siempre habia amado con la mayor ternura, la de su hermano Cuitlahuatzin, y la de otros personajes de la primera nobleza; aunque no consintió en sacrificar la vida de los españoles, como algunos le aconsejaban, se resolvió á decirles claramente que saliesen de sus estados. Mandó pues, llamar á Cortés, el cual, noticioso de las conferencias secretas que habia tenido el rey los dias anteriores, con sus ministros, con los nobles y con los sacerdotes, sintió gran turbacion en su ánimo al recibir aquel mensaje; pero disimulando cuanto pudo su inquietud, se presentó á Moteuczoma acompañado por doce españoles. El rey lo recibió con ménos agrado que el que acostumbraba mostrarle, y le descubrió claramente su resolucion. “No podeis dudar, le dijo, del grande amor de que os he dado tantos y tan repetidos testimonios. Hasta ahora no solo os he visto con placer en mi corte, sino que he querido venir á residir en vuestra compañía, por la singular satisfaccion que he experimentado en vuestra familiaridad y trato. Por mi parte no tengo el menor inconveniente en dejaros permanecer aquí, dándoos cada dia mayores pruebas de mi benevolencia, pero no puede ser, pues ni los dioses lo permiten, ni lo consienten mis vasallos. Me hallo amenazado con los mas terribles castigos del cielo, si os consiento mas tiempo en mis estados, y ya se ha empezado á notar tanta inquietud en mis súbditos, que si no estirpo prontamente la causa, me será despues imposible contenerla. Es necesario, pues, tanto por mi bien y el vuestro, como por el de estos países, que os apereibais á regresar prontamente á vuestra patria.” Cortés, aunque penetrado del mas acerbo dolor, afectando una gran serenidad, le dijo que su ánimo era obedecerlo; pero que careciendo absolutamente de barcos para su vuelta, por haberse destruido los que lo trajeron de Cuba, necesitaba tiempo, operarios y materiales para construir otros. Moteuczoma, lleno entónces de júbilo, al ver la pron-

titud con que el general español se disponia á complacerlo, lo abrazó y le dijo que no corria tanta prisa su viaje; que construyese los buques, y que él le suministraria así la madera necesaria, como la gente que la cortase y la llevase al puerto. En efecto, mandó que se dispusiese un buen número de trabajadores, y que se cortase la madera de un pinar, poco distante del puerto de Chiahuitztlan; y Cortés, por su parte, envió algunos españoles que dirigiesen el corte, esperando que entre tanto mudaria el aspecto de las cosas en México, ó que le llegasen nuevos socorros de las islas ó de España (1).

Ocho dias despues de tomada aquella resolucion, mandó Moteuczoma llamar otra vez á Cortés, lo que puso á este en mayor sobresalto. El rey le dijo que no necesitaba construir los buques, pues acababan de llegar al puerto de Chalchiuhcuecan diez y ocho, semejantes á los suyos destruidos, en los cuales podia embarcarse con su gente; que aligerase por tanto su salida, pues así convenia al bien del reino. Cortés, disimulando el júbilo que le ocasionaba aquella noticia, y dando gracias interiormente á Dios, por haberle enviado tan oportuno socorro, respondió que si aquellos barcos debian hacer viaje á Cuba, estaba pronto á partir; pero que de otro modo, le era preciso continuar la obra empezada. Vió y examinó las pinturas de aquella armada, que enviaban al rey los gobernadores de la costa, y no dudó que fuese española; pero léjos de pensar que se componia de enemigos suyos, se persuadió que habian vuelto los procuradores enviados por él un año ántes á la corte de España, y que traian consigo los despachos

(1) Algunos historiadores dicen que cuando Moteuczoma llamó á Cortés para intimarle la orden de su partida, habia preparado un ejército, con el fin de hacerse obedecer por fuerza, si los españoles resistian; pero hablan de esto con gran variedad, pues unos dicen que el ejército preparado era de 100,000 hombres, otros reducen este número á la mitad, y otros, finalmente lo reducen á 5000. Yo creo que hubo algunos preparativos hostiles; mas no por orden del rey, sino por la de algunos nobles de los que habian tomado tanto empeño en el negocio.

reales, y un buen número de tropas para la conquista.

ARMADA DEL GOBERNADOR DE CUBA CONTRA CORTÉS.

Este gran consuelo le duró hasta que le llegaron las cartas de Gonzalo de Sandoval, gobernador de la colonia de Veracruz, en que le noticiaba que aquella expedicion, compuesta de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes y mas de quinientos marineros, con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra, al mando del general Pánfilo Narvaez, era enviada por Diego Velasquez, gobernador de Cuba, contra el mismo Cortés, como vasallo rebelde y traidor á su soberano. Recibió este fuerte golpe Cortés en presencia de Moteuczoma; pero sin dejar ver en su semblante la menor turbacion, le dió á entender que los que habian aportado á Chalchiuhcuecan, eran nuevos compañeros que venian de Cuba. Del mismo disimulo usó para con sus españoles, hasta que tuvo bien preparados sus ánimos.

No hay duda que esta fué uua de aquellas ocasiones en que Cortés hizo alarde de su invicta constancia y magnanimidad. Hallábase, de un lado, emenazado por todo el poder de los Mexicanos, si permanecia en la corte: por otro, veia contra sí un ejército de sus mismos compatriotas, muy superior al suyo; pero su penetracion, su singular destreza y su maravilloso brio, hicieron muy en breve mudar de aspecto al mal que lo amenazaba. Procuró, tanto por cartas, como por el ministerio de algunos mediadores, de quienes mas se fiaba, conciliarse el ánimo de Narvaez, haciéndole varios partidos y representándole las ventajas que resultarían á los españoles si se unian y obraban de acuerdo los dos ejércitos, y por el contrario los males que acarrearía á unos y á otros la discordia. Narvaez, por consejo de tres desertores de Cortés, habia ya desembarcado toda su tropa en la costa de Cempoala, y se habia acuartelado en aquella ciudad, cuyo señor, conociendo que aquellos extranjeros

eran españoles, y creyendo que venian á unirse con su amigo Cortés, ó temeroso de su poder, los acogió con grandes honores, y los proveyó de todo cuanto necesitaban. Moteuczoma, creyendo lo mismo al principio, envió á Narvaez ricos presentes, y dió orden á sus gobernadores que le hiciesen los mismos obsequios que á Cortés; pero de allí á poco, conoció la discordia que entre ellos existía, á pesar del gran disimulo de este, y de los esfuerzos con que procuraba impedir que llegase aquella noticia á oídos del rey y de sus súbditos.

Tuvo entónces Moteuczoma la mejor ocasion que podia apetecer para destruir los dos ejércitos españoles, si hubiese abrigado en su corazon los sangrientos designios que muchos historiadores le imputan. Narvaez procuró indisponerlo con Cortés, y con su partido, acusándolo de traidor, prometiendo castigar la inaudita temeridad de aprisionar al mismo rey, y ofrociéndose á libertarlo á él y á toda la nacion de la opresion en que gemian; pero Moteuczoma, léjos de ceder á estas sugerencias, y de proceder de modo alguno contra Cortés, cuando este le dió parte de la expedicion que proyectaba contra Narvaez, se mostró apesadumbrado por el riesgo que iba á correr, peleando contra fuerzas tan superiores, y ofreciéndole un gran ejército en su auxilio.

Ya habia agotado Cortés todos los recursos de que podia echar mano para proporcionar un convenio pacífico y ventajoso á ambos ejércitos, sin otro resultado que nuevos desprecios y amenazas del arrogante y fiero Narvaez. Viéndose pues obligado á hacer la guerra á sus compatriotas, y no atreviéndose á fiarse del socorro que le ofrecia Moteuczoma, rogó al senado de Tlaxcala que apercibiese cuatro mil soldados, para llevarlos consigo, y envió á Chinantla uno de los suyos, llamado Tobilla, hombre práctico en la guerra, á fin de que pidiese dos mil hombres á aquella belicosa nacion, y se proveyese de trescientas picas de las que usaban los mismos Chinantecas, que por ser mas fuertes y largas que las de los españo-

les, le parecian escelentes para resistir á la caballería contraria. Dejó en México ciento y cuarenta españoles, con todos sus aliados, bajo el mando del capitan Pedro de Alvarado (1), recomendándoles que guardasen y tratasen bien al rey, y procurasen mantenerse en buena armonía con los Mexicanos, especialmente con la familia real y con la nobleza. Al despedirse de Moteuczoma, le dijo que dejaba en su lugar al capitan *Tonatiuh*, (con este nombre del sol apellidaban á Alvarado, porque era rubio), encargándole que complaciese en todo á su magstad; que le rogaba continuase protegiendo á los españoles; que él salia al encuentro de aquel capitan recién venido, y á poner por obra cuanto estuviese á sus alcances para ejecutar sus reales órdenes. Moteuczoma, despues de haberle hecho nuevas protestas de su benevolencia, lo mandó proveer abundantemente de víveres, y de hombres de carga para la conduccion del bagaje, y lo despidió con la mayor amabilidad.

Salió Cortés de México á principios de mayo de 1520, despues de haber estado seis meses en aquella corte, con setenta españoles y alguna nobleza mexicana, que quiso acompañarlo por una parte del camino. Algunos historiadores dicen que estos Mexicanos iban á espiar lo que ocurriese, y dar cuenta de ello al rey; mas Cortés no lo creyó así, aunque tampoco se fiaba mucho de ellos. Hizo su viaje por Cholula, donde se unió con el capitan Velasquez, que volvia de Coatzacoahuaco, á donde lo habia enviado Cortés con alguna tropa, para buscar un puerto cómodo. Allí recibió nuevas provisiones de víveres que le enviaba el senado de Tlaxcala; pero nó los cuatro mil hombres que habia pedido, ó porque los Tlaxcaltecas no osa-

(1) Bernal Diaz dice que los españoles que quedaron en México fueron ochenta y tres. En las ediciones modernas de las Cartas de Cortés, se dice que fueron 500; pero en una edicion antigua se halla 140, lo que me parece cierto, atendido el número total de las tropas españolas. El número de 500 es falso y contrario á la relacion del mismo Cortés.

sen venir otra vez á las manos, como dice Bernal Diaz, ó porque no quisiesen alejarse tanto de su patria, como conjeturan otros historiadores, ó porque viendo á Cortés con fuerzas tan desproporcionadamente inferiores á las de su enemigo, temiesen quedar vencidos en aquella expedicion. Algunas jornadas ántes de llegar á Cempoala, se le unió el soldado Tobilla, con las trescientas picas de Chinantla, y en Tapanacuetla, pueblo distante cerca de treinta millas de aquella ciudad, se encontró con el famoso capitan Sandoval, que venia con sesenta soldados de la guarnicion de Veracruz.

VICTORIA DE CORTES CONTRA NARVAEZ.

Finalmente, despues de haber hecho nuevas proposiciones á Narvaez, y distribuido algun oro entre los partidarios de aquel arrogante general, entró Cortés en Cempoala á media noche, con doscientos cincuenta hombres (1), sin caballos, ni otras armas que picas, espadas, rodela y puñales, y encaminándose cautelosamente, y sin hacer ruido, al templo mayor de aquella ciudad, donde se habian acuartelado sus enemigos, les dió tan furioso asalto, que ántes de venir el día, se habia hecho dueño del puesto, de toda la tropa contraria, de la artillería, de las armas y de los caballos, quedando muertos solo cuatro de sus soldados, quince de los de Narvaez, y muchos heridos de una y otra parte (2). Hizose reconocer por todos capitan general y supremo magistrado, mandó encadenar en la fortaleza de Veracruz á Narvaez, y á Salvatierra, hombre distinguido y enemigo jurado suyo, y dispuso que se quitasen de los buques las velas, las brújulas y los tímones. Apénas empezó á rayar el día, que era el domingo de Pentecostes,

[1] Bernal Diaz dice que Cortés fué á Cempoala con 206 hombres: Torquemada cuenta 266, y 5 capitanes; pero Cortés, que lo sabia mejor que ellos, afirma que eran 250.

(2) Hay variedad en los autores acerca del número de los muertos en el asalto: yo pongo el que me parece mas verosímil, atendidos los datos de diversos historiadores.

27 de mayo, llegaron los Chinantecas (1), en buen orden y bien armados, los cuales vinieron á ser testigos del triunfo de Cortés, y de la vergüenza de los partidarios de Narvaez, que habian sido vencidos por tan pocos contrarios, y no tan bien armados como ellos. La felicidad de esta expedicion se debió en gran parte al incomparable valor de Sandoval, el cual subió al templo, con ochenta hombres, en medio de una lluvia de saetas y balas, asaltó el santuario, donde se habia fortificado Narvaez, y se apoderó de su persona.

Hallándose entónces Cortés con diez y ocho buques, cerca de dos mil hombres de tropa española, y de cien caballos, y suficiente número de provisiones de guerra, pensó en hacer nuevas expediciones en la costa del golfo; y habia ya nombrado los gefes que debian mandarlas, y la gente que debia componerlas, cuando le llegaron noticias infaustas de México, que trastornaron sus planes, y lo obligaron á volver precipitadamente á aquella capital.

SUBLEVACION DEL PUEBLO DE MEXICO CONTRA LOS ESPAÑOLES.

Durante la ausencia de Cortés, ocurrió en México la fiesta de la incensacion de Huitzilopochtli, que se hacia en el mes Toxcatl, el cual empezó aquel año á 13 de mayo. Esta función, la mas solemne del año, se celebró con baile del rey, de la nobleza, de los sacerdotes y del pueblo. Rogaron los nobles al capitan Alvarado que permitiese que el rey pasase al templo, á cumplir con los deberes que la religion le imponia; pero Alvarado no quiso ceder á sus instancias, ó porque así se lo habia mandado Cortés, ó porque temiese que los Mexicanos

[1] Algunos dicen que los Chinantecas tomaron parte en el asalto; pero Bernal Diaz estuvo presente, y afirma lo contrario. Cortés no hace mencion de esta circunstancia. Quien desee informarse de todos los pormenores de aquella gloriosa expedicion de Cortés, podrá consultar á los historiadores de la conquista: yo los omito por no pertenecer esclusivamente á mi asunto.

maquinasen alguna tropelía, viéndose con el rey en su poder, y sabiendo cuán fácilmente se vuelven en tumulto los regocijos públicos. Tomóse por tanto el partido de hacer el baile en el patio de palacio, que servía de cuartel á los españoles (1), ó por disposición de aquel capitán, ó por orden del mismo rey, que quiso de aquel modo tomar parte en las ceremonias del día. Llegada la hora, concurrieron al patio muchos sujetos de la primera nobleza (cuyo número no consta, pues los autores varían de seiscientos á dos mil) cubiertos todos de adornos de oro, piedras y plumas. Empezaron á cantar, y á bailar al son de los instrumentos, y entre tanto mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas: cuando vió á los Mexicanos más distraídos, y quizás fatigados del baile, hizo señal á su tropa que los atacase; lo que verificó con furia contra aquellos desventurados, que por estar desarmados y rendidos de cansancio, no pudieron hacer resistencia, ni huir, hallándose bien guardadas las puertas. Fueron terribles los estragos, lamentables los gritos que exhalaban al cielo los moribundos, y copiosa la sangre que se derramó. Este golpe fatal fué en extremo sensible á los Mexicanos, porque en él perdieron la flor de su nobleza, y para perpetuar su memoria, compusieron sobre aquel argumento, tristes elegías, que se conservaron muchos años después de la conquista. Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron á los

(1) Los historiadores de la conquista dicen que el baile se hizo en el atrio del templo mayor; pero no es verosímil que la inmensa concurrencia que allí asistía permitiese hacer tan horrendo estrago en la nobleza, especialmente estando tan cerca las armerías, donde podían tomar armas para oponerse á la temeridad de aquellos pocos extranjeros, ni es creíble que los españoles se espusiesen á tan inminente peligro. Cortés y Bernal Díaz no hacen mención del lugar en que se hizo el baile. El P. Acosta dice que fué el palacio, mas no puede ser otro que el que habitaba el rey. La inverosimilitud que se nota en la relación de los historiadores, y el juicio y antigüedad del P. Acosta, me obligan á preferir su autoridad á la de aquellos.

cadáveres de toda la riqueza que los cubría. Ignórase el motivo que pudo inducir al capitán Alvarado á un hecho tan temerario y cruel. Algunos dicen que no tuvo otro que la maldita sed de oro (1): otros afirman, y parece más verosímil, que habiendo tenido noticia de que los Mexicanos querían en aquella fiesta dar un golpe á los españoles, para sustraerse á su opresión, y poner en libertad al rey que tenían aprisionado, el jefe español quiso anticiparse, siguiendo el dicho vulgar de que *el que ataca vence* (2). Como quiera que sea, no se puede negar que su conducta fué tan bárbara como imprudente.

Irritada la plebe con tan sensible golpe, trató desde entonces á los españoles como enemigos capitales de la patria. Atacaron algunas tropas mexicanas el cuartel, con tanto ímpetu, que arruinaron una parte del muro, minaron en diversas partes el palacio, y quemaron las municiones; pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosquetes, con lo que los españoles tuvieron tiempo de reedificar el muro destruido. Aquella noche descansaron de las fatigas del día; pero al siguiente fué tan terrible el asalto, que los españoles se creyeron perdidos: y en efecto no hubiera quedado uno solo con vida, como sucedió á seis ó siete, á

(1) Los historiadores mexicanos, el P. Sahagun en su Historia MS, Las Casas en su formidable escrito sobre la *Destrucción de los indios*, y Gomara en su *Crónica de la Nueva-España*, atribuyen el arrojado de Alvarado á su codicia; mas yo no puedo creerlo sin pruebas convincentes. Gomara y Las Casas siguieron á Sahagun, y este á los informes de los Mexicanos, que, como enemigos de los españoles, no son dignos de fe en este caso.

(2) Es enteramente increíble que los Mexicanos quisieran aprovecharse de la ocasión del baile para maquinarse una traición contra los españoles, como muchos historiadores suponen; y absurdo lo que dice Torquemada, que tenían ya preparadas las ollas para cocer sus cadáveres. Estas son fábulas inventadas para justificar á Alvarado. Lo que me parece más verosímil es, que los Tlaxcaltecas, por el gran odio que tenían á los Mexicanos, hicieron creer á este capitán la supuesta traición. En la historia de la conquista tenemos muchos ejemplos de esta clase de sugerencias inventadas por los Tlaxcaltecas.

no haberse mostrado el rey al tropel de combatientes, y refrenado con su autoridad el furor que los animaba. El respeto á la persona del monarca contuvo al pueblo, y desde entonces no atacó con armas el cuartel; mas no dejó de cometer otras hostilidades, pues quemó los cuatro bergantines que Cortés había mandado construir para escaparse en ellos, caso de no poder hacerlo por las calzadas, y resolvió sitiarse por hambre á los españoles, negándoles los víveres, é impidiendo que se introdujesen en el cuartel, con cuyo objeto abrió un foso en rededor.

En esta situación se hallaban los españoles en México, cuando Alvarado avisó á Cortés, por dos mensajeros tlaxcaltecas, rogándole que apresurase su vuelta, si no quería hallarlos muertos á todos. Lo mismo le envió á decir Moteuczoma, haciéndole saber cuán sensible le había sido la sublevación de sus vasallos, ocasionada por el sangriento y temerario atentado del capitán Tonatiuh.

Cortés, después de haber dado las órdenes convenientes para transferir la colonia de Veracruz á un sitio más próximo á Chachiuhcuecan, lo que no pudo ejecutarse por entonces, marchó con su gente, á grandes jornadas, hacia la capital. En Tlaxcala fué magníficamente hospedado en el palacio del príncipe Maxizcatzin. Allí hizo la reseña de sus tropas, y halló noventa y seis caballos, y mil trescientos peones españoles, á los que se unieron dos mil Tlaxcaltecas que le dió la república. Con este ejército entró en México el 21 de junio, sin hallar oposición alguna en la entrada; pero muy en breve echó de ver síntomas de la fermentación popular, tanto por la poca gente que vió en las calles, cuanto por algunos puentes de los canales que se habían levantado. Cuando llegó á los cuarteles, con grandes demostraciones de júbilo de una y otra parte, Moteuczoma salió al patio á recibirlo con las más obsequiosas demostraciones de amistad; pero Cortés, ó insolentado por la victoria que había conseguido contra Narvaez, ó por las fuerzas respetables

que traía á sus órdenes, ó persuadido de que le convenía fingirse enfadado con el rey, como creyéndolo culpable del alboroto de sus súbditos, pasó de largo, sin fijar en él la atención. El rey, atravesado del más vivo dolor al verse tratado tan indignamente, se fué á su estancia, donde se le aumentó la pesadumbre con la noticia que inmediatamente le trajeron sus servidores, de las palabras injuriosas que había proferido contra su magestad, el general español (1).

Reprendió Cortés severísimamente al capitán Alvarado, y le hubiera impuesto el castigo que merecía, si lo hubiesen permitido las circunstancias del tiempo y del culpable. Preveía la borrasca que iba á estallar sobre su ejército, y no le pareció prudente en aquella ocasión tener por enemigo á uno de los más valientes capitanes de sus tropas.

Con los refuerzos que trajo Cortés á México, tenía un ejército de nueve mil hombres, y no pudiendo caber todos en el alojamiento, ocuparon algunos de los edificios del recinto del templo mayor, en la parte más próxima á los cuarteles. Con la muchedumbre creció la penuria de víveres, ocasionada por la falta del mercado. Mandó Cortés entonces á decir á Moteuczoma, con grandes amenazas, que diese orden de que se celebrase el mercado, á fin de que ellos se proveyesen de cuanto necesitaban. Moteuczoma respondió que los personajes de más autoridad de que podía fiarse para la ejecución de aquella orden, se hallaban, co-

(1) Solís no da crédito al desprecio que Cortés hizo de Moteuczoma, y por defender á su héroe, agravia á Bernal Díaz que lo afirma, como testigo ocular, y al Cronista Herrera, que lo asegura, fundado en buenos documentos. Acusa injustamente á Díaz de parcialidad contra Cortés, y de Herrera dice que quizás adoptaría aquella versión, para aplicarle una sentencia de Tácito, "ambición, añade, peligrosa en el historiador;" pero en ninguno tanto como en el mismo Solís, pues todo hombre imparcial que lea su obra, verá que este autor, en lugar de ajustar las sentencias á la narración, ajusta la narración á las sentencias. Por fin, si no alega mejores razones que las que usa contra Bernal Díaz, debemos creer á este, que presenció el lance.